



RE
LA
TOS
G
RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s

El desorden de los números cardinales

Vicente Marco Aguilar

«Ayer falleció nuestro excompañero de curso Geni Ginés. El sepelio tendrá lugar hoy a las 13:00 horas en el ttanatorio del Paseo Marítimo. Seguro que se sentiría muy feliz si pudieses acudir a rendirle este último adiós».

Enviado a ti y a 237 usuarios más.

Lo primero que pensé al leer aquel mensaje procedente de un número desconocido fue que se trataba de un error. Que en mi vida no había existido un Geni Ginés que compartiera las dulces horas de la infancia tan ajena a las enfermedades y a la muerte. Pero no debí escudriñar demasiado entre las brumas del recuerdo para encontrar a un niño grueso, con gafas y abrigo azul, pantalón corto, pálido, acaso triste, sentado en uno de los poyos del colegio, barajando entre las manos un paquete de cromos de Galaxy 3. Una imagen que se me apareció con el nombre subtulado abajo en

letras góticas y el número que le habían asignado en el colegio. Y casi al instante me sorprendí a mí mismo repitiendo:

«Ayer falleció nuestro excompañero de clase número dieciséis».

Que yo supiera, transcurridos casi treinta años, Geni Ginés era nuestra primera baja. Conocía a más de uno entre los quince primeros que seguía trasteando con la vida, pero aún así no pude evitar un pensamiento corrosivo que se me instaló en el pecho como una araña: «al dieciséis le sigue el diecisiete». Un pensamiento aún más aterrador porque llegaba en uno de esos momentos terribles de incertidumbre en el que los médicos inyectan en nuestro día a día palabras hasta entonces lejanas o desconocidas como TAC o angiografía.

Yo era el diecisiete. Había sido el diecisiete siempre. Los ocho cursos. Como Geni Ginés había sido el dieciséis. Pero eso carecía de importancia. El rigor de las secuencias cardinales que los maestros nos habían inculcado a fuego lento se rompía de golpe ante el poder superior e incontrolable de la muerte. Las matemáticas también fallaban. Me lo repetí varias veces, apretándome el estómago, recordando la molestia o el dolor que me había transportado como en una de esas cintas métricas de los aeropuertos hasta los hospitales. Precisamente ese «hoy» aludido en la misiva telefónica, ese «hoy» del sepelio de Geni Ginés, a las 13:00 horas, debía acudir al doctor Torres para recoger el resultado de las pruebas.

No iba a poder «rendir el último adiós» a mi predecesor en las listas, aunque iba a pasar muy cerca,

sin duda, porque el hospital se encontraba también en el Paseo Marítimo y no había muchos modos de esquivar el «tanatorio» dado que la parada del autobús se encontraba en la misma puerta de este. Así que pensé que quizá encontraría a algún compañero y, a lo mejor, evitaría el penoso trámite comunicándole a él las condolencias para que las transmitiera a la familia como mi pequeña, a la vez que absurda, contribución para paliar un dolor contra el que no existían remedios.

Pero lo que sucedió fue que el autobús se retrasó y cuando después de un suplicio de apreturas y empujones abrió las puertas y me escupió en la parada del Paseo Marítimo faltaban seis minutos para la hora señalada y la comitiva de casi 237 usuarios más, aguardaba en la puerta, con la tragedia marcada en los lóbregos rostros, porque García Blanco –comprendí entonces que se trataba del desconocido que había movilizad al grupo– número veintitrés, delegado de clase en la reserva, había decidido que, para evitar el alboroto, la entrada a la misa se efectuara en comandita.

Él fue el primero en detectar con su ojo camaleónico que me apeaba del autobús, y apenas había tocado la suela el asfalto, alzó el brazo para sobresalir por encima de la multitud de cabezas y exclamar:

–¡Canín!

Fue un susurro. Un grito. Un susurro gritado. Algo así. No sé cómo consiguió el efecto, García Blanco poseía la virtud de naturalizar los actos imposibles. En un visto y no visto se encontraba frente a mí, con sus manos gorduelas y calientes asidas a las mías, la

cabeza ladeada, los labios apretados, la vista al cielo, diciendo:

»Se va alegrar mucho de verte.

Por supuesto era una manera de hablar, y no pude replicarle que no había acudido al sepelio sino que me encontraba allí porque el ttanatorio, con dos «tes», se había cruzado en el camino de mi posible enfermedad.

»¿Sabes que uno de sus últimos recuerdos fue un momento que pasasteis juntos?

Negué con la cabeza y prosiguió:

»Te apreciaba tanto...

Después me cogió del antebrazo y tiró de mí en dirección al grupo mientras ordenaba con otro de esos susurros gritados:

»Vayamos pasando.

Los casi 237 usuarios más obedecieron como si en vez de 237 individualidades fueran un solo cuerpo. Tras ellos, García Blanco, aferrado a mi antebrazo, y yo, sin apenas fuerza para responder, pensando en el doctor Torres, en que en ese momento la enfermera estaría citándome, en el resultado de las pruebas. En que si no acudía tardarían tres meses más en llamarme.

»Bueno, Canín, ¿y tú cómo andas?

Se trataba, sin duda, de una pregunta de trámite porque apenas dije dos palabras antes de que añadiera:

»¿Sabes que Ginés había intentado localizarte por todos los medios?

—Qué, qué, qué significa localizarme.

–Significa que cuando conoció su enfermedad quiso hablar contigo.

–¿Conmigo?

Esta vez, García Blanco susurró de verdad.

–Pensaba que solo tú podías ayudarlo.

No supe qué tramaba con aquellas declaraciones que me estaban poniendo el corazón al borde del infarto.

–Pero ¿cómo, cómo iba a ayudarlo yo? Llevaba casi treinta años sin verlo. No tenía noticias de él... Ni siquiera sabía que estaba enfermo.

–Schhhh. –Se paró y girándose hacia el grupo, que se había detenido en el mismo momento que él, dijo–: Seguid.

Mientras la gente entraba en la pequeña capilla, García Blanco me llevó hacia uno de los maceteros del pequeño patio interior que la precedía. Allí, cobijado de las miradas ajenas de los 237 usuarios más, prosiguió:

»Lo importante es poder contarlo. Tú siempre dabas mucha importancia a eso, ¿lo recuerdas?

–No.

–Abogabas a ultranza por la veracidad de las ficciones frente a la falsedad de lo real. Nos diste una maravillosa charla acerca de las dos acepciones del verbo contar. Contar números y contar historias.

–Pues no. No me acuerdo. Pero ¿qué tiene que ver eso hoy?

–Él siguió confiando en tu magia.

–¿En mi magia? ¿Qué magia?

–La magia que siempre atesoraste.

–Éramos niños, decíamos la primera idiotez que nos llegaba a la cabeza y...

–No eran idioteces.

–Sí eran idioteces.

–Geni siempre pensó que poseías el poder de cambiar la realidad –sonrió–. En verdad que hubo un tiempo en que todos lo pensábamos.

–Pero cómo que todos lo pensabais, por favor, ¿estás tomándome el pelo? No puedo creer que haya venido y... bueno en verdad ni siquiera había venido... oh, cómo, cómo que lo pensábais. Teníamos diez, doce años.

–Nos diste bastantes muestras. ¿Recuerdas al sapo? ¿Los exámenes de gramática? Todos te pedimos el milagro. Que no viniera.

–Fue una casualidad.

–Hubo muchas casualidades.

–La mayoría fueron un engaño. Simplemente preparaba con anticipación las cosas y después las contaba como si fueran a suceder. No puedo creer que después de tanto tiempo penséis esas estupideces.

–No. Está claro. Está claro. Pero sabes que, a veces, la fe mueve montañas. Y él, cuando ya se encontraba muy malito, se aferró al recuerdo como tabla de salvación. «Me gustaría encontrar a Canín», dijo, «¿cómo se las ingeniaría ante un problema como este?». Empecé a buscarte porque al menos quería darle la alegría, esa confianza, esa moral que necesitaba para

afrontar la enfermedad. Quizá con solo una visita...
removí los hilos pero fijate: no llegamos a tiempo.

–Bueno, pues la verdad es que lo lamento aunque nada habría cambiado. Esto no es adivinar las preguntas de un examen que has leído unas horas antes porque tu mejor amigo es el hijo del profesor de gramática.

–Quizá sí hubiera cambiado.

–Pero por favor, ¿lo estás diciendo en serio?

–Sí. Claro que lo estoy diciendo en serio. ¿Crees que se puede bromear en un sitio como este? Lo que pasa es que seguirte los pasos resultó una tarea bastante compleja. Hasta que apareció Valcárcel. –Permaneció un rato callado hasta que dijo–: En fin, qué más quieres que te cuente.

No quería que me contara nada más. Ya me había contado bastante. Pero lo repitió: «Qué más quieres que te cuente». Me sentía intranquilo con esa visión de superpoderes con la que pensé me mirarían los 237 usuarios más. Tras un silencio, añadió:

»Luego igual viene.

–Quién.

–Valcárcel. Tenía consulta aquí al lado, en el Hospital del Marítimo. Sabes que está esperando el sexto niño, ¿no?

No lo sabía. O sí lo sabía. El sexto niño. Había perdido la cuenta en el tercero. Pero no me importaba la fecundidad de Valcárcel sino el lugar en el que se encontraba en aquel preciso momento.

–¿Y está ahora allí, en el Hospital del Marítimo?

–Sí. Luego lo verás y podrás darle la enhorabuena. ¡Ay!, unos que vienen y otros que se van. El continuo fluir de la vida... Vamos para dentro. Parece que el óbito comienza ya.

García Blanco dominaba los tempos con una seguridad pasmosa. «El continuo fluir de la vida... Vamos para dentro», como si supiera en cada momento lo que hacer.

–Yo voy enseguida.

–No tardes porque está muy feo entrar a mitad. Eso es lo que he querido evitar desde el primer momento.

–Solo, solo es una llamada. Urgente.

No se marchó demasiado convencido, pero se marchó, que era lo importante, y entonces pude buscar el número de Valcárcel. Marcarlo. Su voz de barítono saludable, de procreador consumado, apareció al segundo tono.

Me salté el protocolo de felicitaciones y le dije.

–Necesito que me hagas un favor.

–Estoy en...

–Ya sé dónde estás. Por eso te voy a pedir que acudas a la planta sexta, a digestivo, busques la consulta del doctor Torres y le digas que te dé el resultado de unas pruebas que me hicieron la semana pasada. ¿Podrás?

–Sí, pero no me las darán sin tu autorización.

–Pues entonces hazte pasar por mí.

Debí repetírselo varias veces. Desde el fondo de la capilla, García Blanco gesticulaba de manera ostensible para indicarme que entrara ya. El párroco, los familiares,

los casi 237 usuarios más y hasta el mismo Geni Ginés, parecían reclamar mi presencia.

–Te tengo que colgar, si me cambian la cita, tardarán meses en llamarme de nuevo y no pienso esperar tanto tiempo, lo entiendes, ¿no?

García Blanco insistió. Las palmas de las manos extendidas, la cabeza que se movía como si sufriera espasmos. Varios «vamos», dibujados en los labios.

Tras la ceremonia iniciamos el cortejo fúnebre hasta el cementerio. Allí, García Blanco sacó un papel y pronunció unas palabras en nombre de todos los compañeros.

–Deberíamos vernos más a menudo –dijo después de los pésames, cuando ya el grupo había comenzado a disolverse. Propuso organizar una cena. Y a todos les pareció una idea magnífica–. Yo me encargo de buscar el sitio y de llamar a la gente –matizó antes de que, no sé cómo, se las ingeniara para que nos quedáramos de nuevo solos–. Y tú, Canín, si quieres que nos veamos antes y charlemos con calma delante de un café...

Pensé que se trataría de uno de esos cafés que siempre se dicen y nunca se toman pero esa misma tarde su número desconocido me envió un mensaje al móvil para recordármelo, con la misiva: «ha sido un placer volver a verte». Un placer que no podía considerar recíproco no solo porque desde siempre García Blanco me había provocado dentera sino porque en ese instante me encontraba frente a un demudado Valcárcel recibiendo la peor noticia de mi vida.

–Cómo –repetí casi sin aliento.

Valcárcel tragó saliva antes de decir:

–Quizá si acudes a otro especialista... Se equivocan muchas veces, si te repites las pruebas...

–Quiero que me cuentes exactamente lo que te dijo. Sin misericordia.

–...

–Estoy preparado para escuchar lo que sea. La verdad descarnada, sin emplastos.

A Valcárcel se le apagó la voz de barítono para decir:

–Dijo que, que estaba muy extendido.

–Muy extendido...

–Pero ya te he dicho que podemos buscar...

–¿Te habló de tiempo?

–De tiempo.

–Quiero saber cuánto me queda. Si es un año, un año. Necesito dejar organizada mi vida. ¿Dijo un año?

–...

–¡Vamos!

–Tres meses.

Creo que no me despedí de él. Que me fui corriendo, sin decir adiós ni gracias. No sé. Las matemáticas recuperaban el lugar que les correspondía. Después del dieciséis llegaba el diecisiete. Así había sido desde los tiempos inmemoriales en que los egipcios empezaran a usar el sistema decimal. No cabía réplica. El mundo cambia pero el orden permanece inalterable.

Supongo que por eso al día siguiente el mensaje generalista de García Blanco y el café, dio paso a un

segundo mensaje, esta vez con una cita concreta en la que aparecía lugar y hora. Cita a la que acudí convencido de la existencia de fuerzas que no se pueden soslayar, como si aquel alumno, delegado en la reserva, que había decidido ponerse en activo después de muchos años de ausencia, fuera la obligada antesala de la muerte porque los de aquel curso no podíamos abandonar la vida por nuestro propio pie sin que él organizara el viaje. Así que cuando le dije que me habían diagnosticado una enfermedad incurable y que el vaticinio del doctor era que apenas me quedaban noventa días, ochenta y nueve porque ya había pasado uno, me dio la impresión de de que lo sabía. De que, si el infinito fuera medible, atesoraba una omnisciencia del mismo calibre a la omnipotencia que, resultaba obvio que ilusoriamente, me había atribuido Geni Ginés antes de morir.

A partir de entonces los días se sucedieron con la misma incongruencia de los susurros gritados, tan lentos en el momento, tan rápidos en el recuerdo. No podía afirmar que mi estado de salud empeorara. Más bien al contrario.

La tranquilidad de la certeza, de lo obvio e inevitable, había relegado los dolores al olvido. Cada minuto se convirtió en importante. Pese a que no supiera muy bien qué hacer con él. García Blanco me sugeriría en cada momento. Y acepté todas sus propuestas salvo la de visitar al médico. No habría más citas. Por nada del mundo volvería a respirar el pútrido olor del hospital, ese veneno que me inoculaba el germen maligno de la muerte. Pasaron dos semanas. Tres. Seis. Ocho.

Fue al final del tercer mes, cuando recibí la llamada de Valcárcel. En realidad no se trataba de Valcárcel, sino de su esposa. La mujer que guardaba en su seno al sexto retoño, otro Valcarcelito, el sexto que seguía al quinto, y este a su vez al cuarto en esa secuencia inexorable. La esposa de Valcárcel dijo que su marido había muerto.

—¿Muerto?

Apenas sin aliento me contó que le habían diagnosticado una enfermedad estomacal tan repentina como incurable, que el doctor le había dado tres meses de vida, que no se habían llegado a cumplir enteros, que...

—Qué doctor.

—El doctor Torres.

—Pero eran mis pruebas, lo habían diagnosticado con mis pruebas. Él lo único que hizo fue suplantarme en la consulta, suplantarme en ese instante, solo en ese instante y...

Por supuesto, la esposa de Valcárcel no entendió nada de lo que le estaba contando. Lo único que dijo fue que el sepelio era al día siguiente a las 13:00 horas en el tanatorio del Paseo Marítimo y cuando se lo comuniqué a García Blanco que aguardaba con avidez a que colgara, me habló de la última esperanza de Geni Ginés, de la capacidad de mi desalmado inconsciente para cambiar los sucesos del mundo, de mis charlas acerca de la importancia de contar historias en vez de contar números. De todas aquellas zarandajas con las que me entretenía en un pasado tan lejano que ni siquiera formaba parte del recuerdo como si en vez de

haber existido lo hubiera estado inventando todos estos años.

Y con un solo dedo, la lengua fuera, escribió el mensaje que aparecería poco después en la pantalla de mi móvil.

«Ayer falleció nuestro excompañero de curso Pedro Valcárcel. El sepelio tendrá lugar hoy a las 13:00 horas en el ttanatorio del Paseo Marítimo. Seguro que se sentiría muy feliz si pudieras acudir a rendirle este último adiós».

Enviado a ti y a 236 usuarios más.